

Vinicius... Saravá!



Como todos los grandes, Vinícius de Moraes practicó la rara destreza de la anticipación: supo que las fronteras no eran compartimentos inquebrantables mucho antes de que el mundo y el arte lo corroboraran y le dieran la razón. Es que el genial artista –acaso un heredero de aquel hombre renacentista “todoterreno”– navegó por la poesía, la prosa, la música, el cine y el teatro, atravesando géneros y creando un relato no solo poético sino también, profundamente universal. Acaso un visionario que entendió que la belleza solo podía ser hallada en la contaminación, en el cruce, en el intercambio.

Fue Vinícius quien supo conjugar la tradición local con la fuerza renovadora de la modernidad. Fue él quien se empapó sin sobresaltos de la literatura de Neruda, pero también de la de Rimbaud, Rilke y Eliot. Fue él quien en los años cincuenta produjo ese cruce tan fundamental entre la alta cultura y la cultura popular al que el mundo conoció como *bossa nova*, estética con elementos provenientes del samba pero también del jazz. Fue él quien entendió que lo colectivo valía demasiado la pena: Tom Jobim, João Gilberto, Toquinho, Baden Powell, Edu Lobo pero también –en este afán de derribar fronteras– hombres provenientes de la literatura como Mario de Andrade, Jorge Amado o Graciliano Ramos. Fue Vinícius quien además de las artísticas, derribó las otras, las fronteras geográficas: no solo porque en su frondosa biografía pueda leerse que además de tantas cosas fue diplomático, sino también porque sus centenares de canciones fueron abordadas por el mundo entero, sobre todo su *Garota de Ipanema*, ícono del movimiento musical más revolucionario del Brasil. Fue él quien se nutrió del cine de Orson Welles, de la pintura de Siqueiros, de las voces de María Creuza y María Bethania. Con ellas y Toquinho, en el café concert La Fusa, la música brasileña tuvo su gran penetración en la Argentina, como lo sentenció el propio Vinícius.

“Mi vida ha sido como si una mujer me depositara en brazos de otra”, le confesó el propio artista a Clarice Lispector. En este “devenir amoroso” acaso han de hallarse las claves de lectura de su monumental obra: una obra múltiple, inquieta, deseante. Como las mujeres, que tanto le gustaban.

Renata Schusheim nos propuso este gran homenaje: imagen, música y poesía son los ingredientes para el dulce encuentro de talentos y pasión, con la complicidad de Marta Rodríguez Santamaría, confesando momentos de amor, para recordarlo y disfrutarlo a 100 años de su nacimiento.

**Claudio Patricio Massetti**

Director General del Centro Cultural Recoleta